

Libros y Revistas

"SEGUN EL ORDEN DEL TIEMPO", NOVELA POR JUAN AGUSTIN PALAZUELOS, EDITORIAL ZIG-ZAG, 1968, SEGUNDA EDICION

A nuestro ver este escritor es uno de los jóvenes talentos de las últimas promociones de novelistas. Desde luego posee dos cualidades fundamentales: una gran vivacidad en ciertos diálogos que resultan casi audibles fuera de la página, y la penetración en algunos estados de ánimos, en la transmisión sensible del paisaje.

El libro trae un epígrafe que reza: "De donde viene a los seres su generación, en ello mismo se realiza también su disolución de manera necesaria, pues ellos pagan su expiación y pena de injusticias recíprocamente, según el orden del tiempo". *Anaximandro*. Este filósofo jonio, uno de los más geniales de la antigua Grecia por sus planteamientos, anticipaciones que asombran por los alcances racionales en una época en que aún los grandes pensadores creían ó amaban creer en las fantasías teístas antropomórficas, ha atraído y atrae a los hombres de todos los tiempos occidentales. Y así, helo aquí preocupando el pensamiento de un joven literato del más recolecto país del planeta, dos mil quinientos años después de haber vivido, meditado y enseñado, lo que en lenguaje profano puede ser pensable como uno de los eternos finitos de su famoso infinito...

Ahora, si Palazuelos cree, como se dice en la presentación editorial, en que siempre restaría algo por encontrar aunque todo sea destruido, es cosa no muy precisa, ya que su "desconfianza", digamos, ante la mera función de vivir empieza por sí mismo. Más cabría pensar en la *recuperación* como ciclo constante del carácter humano, y sobre la base de una más "inocente" asimilación con la naturaleza.

Hace unos tres años nos admiró en este autor su capacidad para desarrollar dentro de su imaginación y luego sobre las cuartillas escribiendo, mundos tan asombrosos como perecederos, soñaciones tan inalienables como irreales.

Este libro, aparecido en el 62 y recientemente reeditado, contiene, en especial al comienzo, una manera que parece anticiparse, o a lo más parearse con la del mexicano Sainz. Salto continuo con el punto seguido cada cinco o seis palabras, sin tomar no obstante ese ritmo de gotera, tan precario en otros escritores. Definición de cosas o estados de cosas, por encadenamiento, con frecuencia paradójico, o recuerdos reducidos a uno o dos vocablos, especie de ultra sintetismo que, sin embargo,

parece inundar de imágenes y de vitalidad los pasajes. Este estilo, sin duda efficacísimo en determinados acontecimientos del tiempo de los personajes y determinados caracteres de los mismos, cuando llena un libro cansa fatalmente y va perdiendo fuerza de gravedad, como si dijéramos. Palazuelos parece intuirlo y así hacia el final densifica los periodos, prolonga el recorrido de la imagen ante el que lee y el ir viviendo de los seres novelescos.

Aludimos antes a la vivacidad de los diálogos. La gracia arranca la carcajada. El personaje recuerda su crisis religiosa cuando aún es alumno de un aristocrático colegio de sacerdotes, y le habla al Polilla Ochagavía, su compañero de curso: "¿Pero no te das cuenta de que todo eso de la Creación no es más que una patraña? ¿Cómo se te ocurre que una culebra va a estar ofreciendo manzanas? ¿Tú "creís" que Noé iba a construir un buque solo? ¿De dónde sacó las tablas, por ejemplo? ¿Ah? ¿De dónde sacó las tablas? ¿Y quién le pilló los leones?... (Y así sucesivamente). Polilla me mira indignado. —¿Y a vos qué te importa quien le pilló los "leones"? Se los pilló Dios, "pa que sepái". Permanecemos en silencio. Comienzo a sentir deseos de quedar con la última palabra. La respuesta pasa por mi cerebro y me asusto. La rechazo con todas mis fuerzas. Es inútil, sale sola de mi boca: —¡Ya veo a Dios detrás de los leones!".

Luego, una sugestionante descripción, tanto como escena en sí misma y como resultado de las curiosas y heladas reflexiones de padre y abuelo del niño que ve morir un jilguero en las garras de un chuncho, esto es, el sempiterno choque del alma infantil con el alma pedernal de la mayoría adulta. Y como en casi todas las escenas, ésta termina en una reflexión chusca, pero de mucha acuidad.

Aunque el recurso novelístico final, la muchacha embarazada suicida, peca de convencionalismo, o, más exactamente, de novelismo, el libro consigue en legítima medida ser un cuerpo cuyas partes se corresponden en un enlazamiento fácil y en un tono central que lo sostiene e identifica.

Palazuelos guarda silencio desde hace tiempo. Pensamos que hoy, como es razonable esperarle de la reafirmación y la serenidad que a la inteligencia y al talento han de dar los años en un autor que muy joven escribió ya dos novelas, bien puede ofrecernos un libro cuya calidad y fuerza contribuyan a levantar la jerarquía de la novela en este país.

M. C. G.